

Franz Kafka

Cuadernos en octavo

Traducción, introducción y notas
de Carmen Gauger



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die acht Oktavhefte*

Primera edición: 1999

Segunda edición, actualizada: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Carmen Gauger, 1999, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-220-3

Depósito legal: M. 19.198-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción, por Carmen Gauger
	Cuadernos en octavo
19	Cuaderno A
41	Cuaderno B
55	Cuaderno C
65	Cuaderno D
73	Cuaderno E
93	Cuaderno F
111	Cuaderno G
163	Cuaderno H
199	Aforismos
221	Notas

Introducción

En el año 1917, la vida de Kafka va a sufrir un cambio radical. El escritor lleva cinco años debatiéndose en el dilema de si casarse o no con su prometida Felice Bauer, que vive en Berlín y con la que mantiene una intensa correspondencia. Ya una vez, en 1914, ha roto el compromiso matrimonial; pero pronto vuelve a reanudar el noviazgo y en julio de 1917 se promete por segunda vez. Sin embargo, el drama interior continúa: el gran deseo de su vida –casarse, fundar una familia e independizarse de sus padres– es, y Kafka lo sabe en el fondo, irrealizable, incompatible con su otro deseo neurótico de soledad y de dedicación a la literatura. Entonces, en la noche del 12 al 13 de agosto de ese año de 1917, ocurre el hecho liberador: Kafka sufre un violento vómito de sangre. Cuando, tras aquellas horas en que el escritor temió morir desangrado, cesa por fin la hemoptisis, Kafka se duerme tranquilamente y, según propia confesión, dormirá

aquella noche como no lo había hecho desde hacía tres años.

Kafka no se hace ilusiones sobre su enfermedad. Sabe adónde lo llevará, a medio o largo plazo. Es entonces, en septiembre de 1917, después de haberle sido diagnosticada oficialmente la tuberculosis pulmonar, cuando decide dos cosas: dejar definitivamente a Felice (en diciembre, después de la última visita que ella le hizo y una vez que la hubo acompañado al tren, Kafka escribe en el cuaderno en octavo G: «Se ha marchado F. He llorado. Todo duro, injusto y sin embargo, bien hecho») y vivir unos meses de retiro casi absoluto en el campo, alejado de todo lo que hasta entonces ha sido su entorno normal: Praga, los padres, los amigos, el trabajo en la Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo.

El 12 de septiembre, Kafka viaja a Zürau, una aldea en el noroeste de Bohemia, donde Ottla, su hermana pequeña, vive dedicada a tareas agrícolas. Años más tarde escribirá que esos ocho meses en el campo fueron la mejor época de su vida. Kafka, en cierto modo, ha perdido el miedo al futuro, porque ahora su horizonte está claramente configurado por la enfermedad. Ahora también tiene tiempo para reflexionar sobre su pasado y para tratar de encontrar una respuesta a las preguntas que llevan atormentándole tantos años: las preguntas sobre el sentido de la vida. A Max Brod le escribe en esos días que quiere «tener claridad sobre las últimas cosas».

Desde hace algunos años, Kafka lleva un diario, unos «cuadernos en cuarto» en los que anota pequeñas cosas de la vida cotidiana, experiencias de viaje, ideas que podrían ser base de algún relato, de algún texto literario.

Pero a partir de diciembre de 1916, coincidiendo probablemente con unos meses tranquilos en los que pasaba los días escribiendo en la casita medieval de la Alchimistengasse de Praga (hoy puede visitarse, convertida en pequeña tienda de souvenirs kafkianos), y más intensamente aún durante los ocho meses de Zürau, Kafka lleva además otro diario distinto. A diferencia del anterior, este «diario» (la designación no es completamente adecuada) está escrito en «cuadernos azules en octavo», de un formato más manejable, más apropiado para llevarlos encima y escribir en ellos en todo momento.

Los cuadernos en octavo no sólo se distinguen de los cuadernos en cuarto por su tamaño, sino sobre todo por su contenido: hay pocas anotaciones sobre la vida exterior de cada día, escasean las fechas, y en cambio aparecen en ellos –sobre todo en los cuadernos G y H, escritos en Zürau– una profusión de pensamientos, reflexiones, aforismos de carácter filosófico-religioso, aparte de muchos relatos, entre los que se hallan algunos de los mejores y más profundos salidos de la pluma de Kafka*, así como numerosos fragmentos narrativos. El contenido de esos cuadernos tiene, pues, un doble carácter: épico-narrativo y aforístico-filosófico. Ambos elementos corren paralelos, mezclados no sólo entre sí, sino con apuntes sueltos sobre noches de insomnio, lecturas diversas, paseos y sucesos de la vida cotidiana. Son realmente pensamientos dispersos, no fragmentos de un proyecto filosófico. No obstante, se puede hablar de una cosmovisión,

* Varios de esos relatos están recogido por Alianza Editorial en volúmenes aparte, que se indican en nota en el cuaderno correspondiente.

en el sentido de una búsqueda, no sistemática, pero sí dotada de cohesión interna.

Todo ello, unido a la calidad y profundidad de las partes narrativas, confiere a estos ocho cuadernos un carácter unitario y único que justifica la decisión de apartarse de los criterios de edición de Max Brod, quien los incluyó en el grueso volumen final de las Obras Completas, y de la edición crítica de la editorial Fischer, en la que forman parte de los «Escritos y fragmentos póstumos», y publicarlos como volumen independiente.

En febrero de 1918, poco después de haberlos escrito en los cuadernos en octavo G y H, Kafka recopila la mayor parte de esos aforismos, los numera y los escribe aparte, en pequeñas hojas sueltas (que la edición crítica denomina «legajo de los aforismos»). ¿Tenía intención de publicarlos y se trataba de un trabajo previo? ¿O simplemente quería reunir otra vez sus ideas para ver más claro? No lo sabemos; en cualquier caso, Kafka se limitó a copiarlos en el orden en que estaban en su lugar de origen –los cuadernos en octavo– sin ninguna ordenación temática y, por supuesto, sin título. Fue Max Brod quien, al publicarlos por primera vez en el año 1931, les dio el título de «Reflexiones sobre el pecado, el sufrimiento, la esperanza y el verdadero camino».

La crítica posterior ha visto casi unánimemente en este título de Brod un intento de acentuar de modo unilateral el contenido positivo religioso de los aforismos, dando al pensamiento de Kafka una lógica contundente (que no tiene), una lógica que le convierte en creador de una especie de sistema teológico, una «doctrina de la gracia y la redención» (pecado – sufrimiento – esperan-

za – verdadero camino). En nuestra edición suprimimos ese título, pero lo mantenemos en las notas explicativas finales. En cuanto al texto, seguimos el criterio de Max Brod en las Obras Completas y asimismo de la edición crítica: por un lado, dejamos los aforismos en su contexto de los *Cuadernos en octavo* y por otro, los publicamos reunidos en la recopilación de Kafka con el título de «Aforismos».

Imposible resumir en unas frases esas especulaciones místicas, esa búsqueda en la soledad. Pero, si no hay sistema, sí hay unas premisas y un método. Hay una meta –el Uno, o el Ser, o lo «indestructible»–, pero no hay camino. «Lo que llamamos camino es vacilación.» Kafka rechaza la psicología, la anécdota individual, no quiere dogmas o ritos de un «dios doméstico», lo que le interesa es el lugar del hombre en el mundo, su destino, el problema del Bien y del Mal, del Paraíso perdido, el tiempo y la eternidad, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento... El método de esa búsqueda es llevar la negación al extremo y no ceder ante ninguna contradicción, ante ninguna paradoja. Ésta es a veces tan radical («El mal es el firmamento estrellado del bien», «El bien es en cierto sentido desconsolador») que las interpretaciones se multiplican o, mejor, la interpretación tiene que cesar definitivamente. La imagen que al final tenemos de Kafka es la de alguien que se debate entre la desesperación, por saber que el mal es el dueño del mundo y que vivimos prisioneros de ese mal, y un pequeño, lejano atisbo de esperanza, una esperanza jamás realizable, pero que siempre está ahí. La esperanza paradójica que el escritor expresa en uno de sus más bellos aforismos, ya casi

un pequeño relato: el del prisionero que, durante el transporte de la antigua celda, tan odiada, a la celda nueva, que pronto aprenderá a odiar, piensa que «pasará el Señor casualmente por el pasillo, mirará al prisionero y dirá: “A ése no volvéis a encerrarlo. Ése se viene conmigo”». Jamás en su obra narrativa se ha adentrado Kafka tanto en la zona límite del misterio.

Como he dicho más arriba, algunas partes narrativas de los cuadernos en octavo se cuentan entre los relatos más profundos de Kafka. Además, la crítica ha señalado acertadamente que existe una vinculación, muy estrecha a veces, entre las reflexiones y los relatos. Un pequeño ejemplo: en el cuaderno en octavo G, el relato «Prometeo» está situado en medio de los aforismos sobre el pecado original. La traición de Prometeo a los dioses es paralela a la traición de Adán a Dios, el encadenamiento de Prometeo en el Cáucaso corresponde a la expulsión de Adán del Paraíso, los tormentos que las águilas infligen a Prometeo son semejantes a los sufrimientos del hombre en esta existencia temporal. Quizás fuera ésta la razón que impulsó a Max Brod –que en una primera etapa de su trabajo de edición entresacó de los cuadernos en octavo muchos aforismos y relatos para publicarlos en revistas y volúmenes diversos– a reintegrar en su lugar de origen no sólo los aforismos, sino cuatro importantes relatos que en la segunda edición de las Obras Completas (1946) figuraban en el volumen *Descripción de una lucha**: «La verdad sobre Sancho Panza», «El si-

* Corresponde al publicado por Alianza Editorial en esta colección con el título *La muralla china*. (N. del E.)

lencio de las sirenas», «Prometeo» y «Una confusión cotidiana». En la presente edición esos cuatro relatos se sitúan en su contexto original de los cuadernos en octavo.

En general, y muy especialmente en los relatos de este volumen, Kafka elige temas –leyendas, sagas, mitos, motivos literarios– que ya han sido tratados muchas veces y que, aparentemente, se encuentran dentro de una tradición fija e inamovible. Ésa es la tradición que a Kafka le complace invertir, cambiar, cuya ambigüedad gusta de demostrar. La verdad no es tal verdad; peor aún, nadie puede encontrar la verdad. Todo tiene otra posibilidad de interpretación. Kafka desmitologiza los mitos, desmascara la falsedad de lo establecido, de lo comúnmente aceptado: y esto no sólo en el mundo de los mitos, sino en un relato que sucede en un presente impreciso, como «Una confusión cotidiana», una de las historias de Kafka que ha «sufrido» más interpretaciones. (Fue Martin Walser quien comentó: «Hay que proteger a Kafka de sus intérpretes».)

Queda el lenguaje. Lo más bello, lo más asombroso de Kafka. Ese lenguaje preciso y burocrático, austero y riguroso, y al mismo tiempo milagrosamente claro, transparente y misterioso. De una musicalidad inalcanzable. No ha sido tarea fácil intentar aproximarse a él en español. Quizá perciba el lector de vez en cuando su fuerza de atracción.

Carmen Gauger

Cuadernos en octavo¹

Cuaderno A²

[Noviembre-diciembre 1916]

Sueño inviolable. Corría por la carretera, yo no la veía, estaba sentado en la linde del campo y observaba el agua del riachuelo. Ella pasaba corriendo por las aldeas, los niños, delante de las puertas, la veían llegar y la seguían con la vista.

Sueño roto. El capricho de un príncipe antiguo determinó que el mausoleo tuviera un guardián justo al lado de los sarcófagos. Hombres sensatos se habían pronunciado en contra, finalmente se permitió que el príncipe, cuyo margen de acción era tan limitado en muchos aspectos, hiciera su voluntad en una cosa tan insignificante. Un mutilado de una guerra del siglo precedente, viudo y padre de tres hijos caídos en la última guerra, solicitó el puesto. Fue admitido y un viejo funcionario de la corte lo acompañó al mausoleo. Le seguía una lavandera, cargada con cosas diversas, destinadas al guardián.

Hasta la avenida que llevaba después en línea recta al mausoleo, el inválido, a pesar de la pierna postiza, pudo caminar al mismo ritmo que el funcionario de la corte. Pero después falló un poco, carraspeó y empezó a frotarse la pierna izquierda. «Qué ocurre, Friedrich», dijo el funcionario, que se había adelantado un poco con la lavandera y ahora volvía la cabeza. «Me tira la pierna –dijo el inválido haciendo una mueca–, un momento de paciencia, normalmente esto se pasa enseguida.»

Escenario muy estrecho abierto hacia arriba.

Pequeño despacho, una ventana alta, delante la copa pedrada de un árbol.

Príncipe (reclinado en un sillón ante el escritorio, mirando por la ventana).

Edecán (barba blanca, embutido como un jovencito en una ajustada chaqueta, junto a la pared al lado de la puerta central).

Breve pausa.

Príncipe (apartando la vista de la ventana vuelto hacia el edecán). ¿Y bien?

Edecán. No puedo recomendárselo a Su Alteza.

Príncipe. ¿Por qué?

Edecán. En este momento no puedo formular mis reservas con claridad, no es ni mucho menos todo lo que quiero decir si me limito a aducir una sentencia aplicable a todos los seres humanos: dejemos a los muertos en paz.

Príncipe. Ésa es también mi intención.

Edecán. Entonces no lo he entendido bien.

Príncipe. Eso parece.

Pausa

Príncipe. Tal vez lo único que le cause confusión en este asunto sea el hecho singular de que yo no haya tomado sin más esa disposición sino que se la haya anunciado antes a usted.

Edecán. Por otra parte, ese anuncio me impone una mayor responsabilidad, de la que procuraré ser merecedor.

Príncipe (irritado). Nada de responsabilidades.

Pausa

Príncipe. Así que otra vez. Hasta ahora el mausoleo del Friedrichspark estaba vigilado por un guardián que tiene a la entrada del parque una caseta en la que vive con su familia. ¿Había algo que objetar a esto?

Chambelán. No, en absoluto. El mausoleo tiene una antigüedad de más de cuatrocientos años y siempre tuvo esa clase de vigilancia.

Príncipe. Podría ser una tradición antigua pero abusiva. ¿Pero no lo es?

Chambelán. Es una institución necesaria. Pero yo he comprobado que no basta con un guardián arriba, en el parque, sino que también ha de haber un guardián abajo, en la cripta. No será quizás una tarea agradable, sobre todo teniendo en cuenta que la cripta siempre ha de estar cerrada también por fuera. Pero, como enseña la experiencia, se encuentra gente dispuesta y adecuada para cada trabajo.

Reposar cerca de ti es lo más grande que puede alcanzar un servidor tuyo.

Para hacer una visita al príncipe

Relato del abuelo

En los tiempos del príncipe León V, que en gloria esté, fui guardián del mausoleo del Friedrichspark. Por supuesto que no fui desde el principio guardián del mausoleo. Recuerdo todavía muy bien cómo, siendo repartidor de la lechería de palacio, una tarde tuve que llevar por primera vez la leche al puesto de guardia del mausoleo. «Oh –pensé–, al mausoleo.» ¿Sabe alguien exactamente lo que es un mausoleo? Yo he sido guardián del mausoleo y debería saberlo, pero la verdad es que no lo sé. Y vosotros, que estáis escuchando mi historia, al final os daréis cuenta de que, aunque creáis saber lo que es un mausoleo, tenéis que admitir que no lo sabéis. En aquel entonces, sin embargo, aquello no me importaba mucho, sino que, de una manera muy general, estaba orgulloso de haber sido enviado al puesto de guardia del mausoleo. Así que galopé con mi cubo de leche a través de las nieblas de los caminos del prado que llevaban al Friedrichspark. Al llegar a la puerta de dorada reja, me sacudí el polvo de la chaqueta, limpié las botas, le quité la humedad al cubo, llamé y esperé con la frente en los barrotes de la reja a ver lo que sucedía. La casa del guardián parecía hallarse sobre un pequeño promontorio, en medio de la floresta; de una puertecilla que se abrió salió una luz y una mujer muy anciana abrió la reja, una vez que yo me hube presentado y mostrado el cubo como prueba de que decía la verdad. A continuación tuve que marchar por delante, pero al mismo paso extraordinariamente lento de la mujer; era muy desagradable, porque ella me llevaba agarrado por detrás y en el corto trayecto

se detuvo dos veces para tomar aliento. Arriba, sentado en un banco de piedra al lado de la puerta, había un hombre enorme, con una pierna sobre la otra, las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza echada hacia atrás, y con la mirada fija en el bosquecillo que había justo delante de él y que le cerraba por completo el panorama. Involuntariamente, dirigí una mirada interrogante a la mujer. «Éste es el mameluco –dijo ella–, ¿no lo sabes?» Yo negué con la cabeza, contemplé otra vez al hombre, sobre todo su alto gorro de astracán, pero luego la vieja tiró de mí y me llevó al interior de la casa. En una pieza pequeña, junto a una mesa cubierta de libros muy bien ordenados, estaba sentado un señor de edad, con barba y vestido con un batín, que me miraba por debajo de la pantalla de la lámpara de pie. Yo, naturalmente, creí que me había equivocado de sitio, y me di media vuelta para salir de la habitación, pero la vieja me cerró el paso y le dijo al señor: «El nuevo chico de la leche». «Ven acá, arrapiezo», dijo el señor riendo. Luego me senté en una banqueta al lado de su mesa y él acercó mucho su rostro al mío. Por desgracia, y debido al amable trato de que era objeto, me puse un poco impertinente y dije:

En el desván

Los niños tenían un secreto. En el desván, en un recoveco en medio de los trastos viejos de todo un siglo, donde las personas mayores ya no se atrevían a poner la